

Capítulo 6 - La Tierra de los Camino Rotos

- Capítulo 6 - La Tierra de los Caminos Rotos

Capítulo 6 - La Tierra de los Caminos Rotos

“¿Deberíamos despertarlo?” susurró Antelmu, despertando a Dirt. Él permaneció inmóvil, fingiendo seguir dormido.

“Los pequeños necesitan dormir más tiempo,” dijo Biandina. “Pero creo que estoy atascada. No es un dormilón ordenado, y ahora no puedo moverme.”

“Gnaziu es así. A veces se despierta de lado. Yo simplemente me arranco y él sigue durmiendo,” susurró Antelmu, un poco más alto.

“Lavisa duerme de espaldas como un cadáver, pero Lisea hace eso también,” dijo Biandina. “Ella sigue girando y arrastrando la manta, y Eudossia despierta y llora porque se ha sentido herida por pensar que la dejamos en frío.”

Antelmu pareció sonreír. “Lo recuerdo. ¿Eso fue por lo que lloraba?”

“Eso sucedía a menudo,” dijo Biandina.

“¿Por qué no la pusiste en el medio, entonces?”

“¡Porque entonces Lisea me habría estado quitando la manta,” explicó Biandina.

Antelmu soltó una carcajada. “¿Recuerdas aquella vez cuando Oraziu—”

“Cuando Oraziu salió en secreto en medio de la noche y—”

“¿Y se fue a dormir con los vecinos?”

“Sí. ¡Cómo podría olvidarlo!” exclamó Biandina, con risas en su voz.

De la forma en que conversaban, Dirt dedujo que nada terrible había ocurrido durante la noche. Él también había tenido un buen sueño, uno con Socks y los demás, que ya empezaba a olvidar. El cachorro había soñado que los llevaba volando por campos llenos de mariposas y flores silvestres de primavera, lo cual hizo que Dirt sospechara que en realidad no le agradaba mucho el invierno, a pesar de lo que decía. No había ni un rastro de las hadas.

Antelmu se movió ruidosamente, pero Dirt no quería abrir los ojos todavía y ver qué hacía. “¿Sabes de qué me hizo recordar eso? No recuerdo haberme quedado dormido anoche. Creo que lo último que recuerdo es a Dirt diciendo que nos dormiríamos antes de darnos cuenta. Pensé que era una

tontería, pero tenía razón.”

Biandina quedó en silencio unos instantes, luego susurró: “Igual. Creo que él nos llevó a los dos hasta aquí después de quedarnos dormidos.”

“Nunca sé qué está pensando. Es tan extraño. Un momento parece un potrillo brincador y al siguiente—”

“El otro es que camina como si tuviera treinta nietos sanos,” dijo Biandina. Dirt notó que a menudo se interrumpían más cuando estaban bien, que cuando no, lo cual le parecía curioso.

“Sí. ¿Crees que sea sensible a las cosquillas?” preguntó Antelmu.

“Creo que tendremos que averiguarlo,” dijo Biandina. “Aunque, con su fuerza, quizás estemos por empezar algo que luego lamentaremos.”

“¿Por qué? ¿Eres sensible a las cosquillas?” preguntó Antelmu.

Biandina soltó una risita con un leve temblor que quizá hubiera despertado a Dirt si él aún no hubiera despertado. Un deje de picardía se filtró en su voz al decir: “¿Sabes cuál es la única respuesta a esa pregunta?”

“¿Qué?”

“Estoy a punto de vomitar.”

Antelmu tardó un momento en pensarlo, pero luego volvió a reírse. “No deberías haberme dicho eso.”

“Es mi deber enseñarte sabiduría, hermanito. Y si intentas hacerme cosquillas, le diré a Dirt que también eres sensible a ellas. Buena suerte para que pueda evitar sus dedos inquietos para siempre.”

“Le diré que tú eres el doble de sensible,” respondió Antelmu.

Permanecieron en silencio hasta que la mano de Biandina de repente apretó el brazo de Dirt y gritó: “¡Atrápalo, ahora!”

“¿Qué?!”

“¡Está despierto! ¡Consíguelo!”

Antelmu lanzó las mantas a un lado y saltó antes de que Dirt pudiera escapar, sin importar cómo se retorciera. Biandina era casi el doble de su edad, así que desde el principio no era justo.

Dirt ya se reía antes de que Antelmu se sentara sobre sus piernas y metiera los dedos en sus axilas, pero resultó que Dirt era profundamente sensible a las cosquillas. Rió con tanta fuerza que

se mareó. Antelmu era un experto y no tenía piedad. Dirt no podía moverse ni siquiera un ápice a menos que inhalara maná, y le preocupaba que si hacía eso, podría herir a alguien. Solo cuando empezó a jadear por aire, Biandina le dio un toque a su hermano para detenerlo.

Antelmu estuvo cauteloso durante toda la mañana, esperando la venganza de Dirt, pero Dirt fue paciente. No era un depredador perezoso. No, había aprendido de los mejores y esperaría el momento adecuado para atacar. Un momento en que su presa nunca lo esperara y no pudiera escapar.

Dirt no le hizo cosquillas mientras revivían las brasas y encendían otra brasa para cocinar un poco más de carne para el desayuno y calentar el lugar. Tampoco saltó cuando salieron de nuevo a hurgar entre las ruinas en busca de algo interesante que hubieran pasado por alto.

Encontraron un pequeño árbol caído y muerto. Poco más que una rama seca, un tronco. Eso fue suficiente tesoro por hoy, y Antelmu insistió en cargarlo en sus hombros, solo.

Por pura precaución, Dirt esperó a que el niño se alejara veinte pasos antes de actuar. Se acercó rápidamente por detrás de Antelmu y fue a sus axilas. Antelmu emitió un chillido poco varonil y trató de no reírse mientras se apartaba, pero Dirt fue más rápido y ambos brazos de Antelmu estaban ocupados sosteniendo el pequeño tronco.

Intentó soltarlo, pero Dirt levantó el extremo con la mente impidiendo que lo hiciera. Esa fue la única trampa que usó Dirt—mantener el tronco en su lugar con el poder de su mente. El resto fue pura destreza física. Antelmu solo pudo aguantar la risa unos pocos pasos antes de soltarla, riendo con libertad y alegría, como el agua que cae sobre las rocas, y no importaba a dónde fuera, no lograba escapar del todo.

Dirt decidió que Antelmu había tenido suficiente cuando se cayó de cara en la nieve, sin poder liberar los brazos para detener su caída. Eso le enseñaría a emboscar a Dirt. Sin embargo, el chico mayor era astuto y solo fingió rendirse hasta el momento en que logró quitarse el tronco de los hombros.

En definitiva, Antelmu le sacó ventaja durante el día. Dirt era rápido, pero Antelmu tenía una clara ventaja de tamaño y mucho más experiencia. Conocía mejor cómo se movían las articulaciones y cómo sujetar a un oponente para atraparlo, y Dirt nunca había tenido la necesidad de aprenderlo.

El día transcurrió con facilidad y pasó rápidamente, lleno de juegos y bromas. No solo de cosquillas, tampoco. También de esconder montoncitos de nieve en la espalda unos de otros. Sorprendentemente, Biandina era la mejor en eso, en parte porque era la más alta. Seguía escondiendo nieve en su capucha o en el ribete de piel de su ropa, y sorprendía a los chicos cuando miraban abajo y dejaban un hueco en el cuello.

La única tarea de verdad que tuvieron esa jornada fue poner la piel de ciervo en agua y dejarla así. Probablemente tomaría demasiado tiempo en empaparse por completo y tendrían que dejarla atrás, pero por ahora no podía saberse, y no había razón para no empezar. Dirt construyó una pila de piedra y la llenaron de agua, que él tuvo que volver a calentar periódicamente con una brasa mágica.

A pesar del buen ánimo de todos, Biandina y Antelmu continuaban mirando por las ventanas, o echando miradas atrás, o mirando hacia las paredes exteriores, y así sucesivamente. Ninguno de los dos decía nada al respecto, pero estaba claro que no olvidarían a las hadas hasta que abandonaran la torre para siempre. Dirt revisaba periódicamente en busca de mentes, pero no encontraba ninguna, ni esperaba hacerlo. Solo hasta la noche.

Pasado el atardecer, mientras los tres estaban sentados alrededor de una hoguera completamente de madera, que Dirt había acumulado en un suministro respetable, Socks anunció: —Hola, Dirt. Mañana voy a venir. Mi hermana quiere conocerte. Dile a Biandina y Antelmu que no huyan cuando la vean.—

Dirt se levantó y dijo en voz alta: —¿Aprendiste a encontrar mi mente desde la distancia?—.

Los otros dos le lanzaron miradas sorprendidas, pero Biandina comprendió y susurró: —Socks. — Antelmu asintió y volvió a remojar las brasas con un palo, observando cómo las chispas se desprendían una a una.

—No, la razón por la que no puedo hacerlo es porque soy demasiado joven. Pero he mejorado un poco en hablar, solo contigo, aunque ellas estén justo allí—, dijo Socks. Parecía orgulloso de sí mismo, y probablemente lo estaba. El cachorro solo podía ver hasta esa distancia con la vista fantasmal, pero apuntar a un pensamiento sin dirigirlo a una mente parecía demasiado difícil, y Dirt nunca tendría la oportunidad de intentarlo. Él no poseía vista fantasmal. —Adiós por ahora, pequeño Dirt—.

Dirt saludó con la mano y se volvió a sentar. —Socks dice que volverá mañana y traerá a su hermana mayor. Socks dice que no hay que tener miedo de lo grande que ella es. Y no te preocupes por aparentar ser un lobo humilde. No tienes que recostarte de espaldas para mostrar el vientre, ni tratar de lamerle los labios. Nada de eso. Solo inclínate y actúa como un humano humilde y cortés. Ellos saben la diferencia.—

—¿Qué tan grande es ella?—, preguntó Biandina, intentando ocultar su nerviosismo.

Él tomó una rama adicional de la pila y pronunció las palabras mágicas para comenzar a darle forma. —No estoy seguro. Los lobos mayores pueden llegar a ser realmente enormes. Pero Socks comentó hace un rato que tiene aproximadamente dos tercios de su tamaño adulto. Supongo que depende de cuánto tiempo hayan crecido.—

—¿Qué tan grandes llegan a ser los mayores?—, preguntó Antelmu.

—El padre de Socks probablemente sea un poco más alto que esta torre. Igual que la madre—, dijo Dirt. Dirigió la longitud de la madera hacia una forma humana, y luego decidió hacerla parecer un caballero de Ogena, con armadura.

—¿Son peligrosos?—, preguntó Biandina.

Dirt soltó una risa. —Más peligrosos de lo que puedas imaginar. Me asusto solo de pensarlo, porque mi cuerpo recuerda lo que vio, aunque en mi mente sé que no me harán daño a no ser que haga

algo a Socks. Son mil veces más aterradores que el Ojo. No creo que haya nada en el mundo que pueda igualarlos, salvo quizás a la madre, pero ella es mayor y un poco más grande. Si ves a la madre o al padre, tu única esperanza es que no les importe suficiente para notarte, o que estén de buen humor.—

El Devorador podría igualar al padre, pero solo porque está muerto. ¿Cómo se mata a un espíritu? No lo haces, aparentemente, o el padre lo habría hecho hace mucho tiempo. Pero Dirt no estaba seguro de si podía hablar del Devorador con alguien más, así que no dijo nada. Socks podía contárselo a quien quisiera.

—¿Alguna vez sienten que son amigables?— preguntó Biandina.

—Oh, seguro. A veces incluso son amables. Misericordiosos. Cada uno de ellos me ha salvado la vida. Mi padre lo hizo en dos ocasiones. Una vez me explicó cómo volver al bosque para no morir de hambre, y otra ahuyentó a... No estoy muy seguro de qué fue, pero era peligroso. Y mi madre sanó mis brazos después de que... después de que se rompieron—, dijo Dirt. Intentó recordar si ya les había contado que su Hogar lo había abrazado o no. Podría ser una historia mejor dejarla sin contar, o ambos temerían visitar el bosque.

—Bueno, eso no suena tan terrible—, dijo Biandina, intentando mantener un poco de optimismo.

—No malinterpretes. Con un simple movimiento de dedo podrían matarte. Solo un pensamiento sería suficiente. Todos estamos vivos solo porque no les interesa lo suficiente como para deshacerse de nosotros. Y yo soy útil para Socks. Son estrictos y exigen obediencia perfecta. Nunca les des menos. De hecho, quizás ese sea un buen consejo para tratar con cualquiera de la familia de Socks. Pero especialmente con ellos—.

Antelmu y Biandina se quedaron en silencio, observando cómo Dirt susurraba al soldado de juguete para que ajustara su forma con magia. Él se dio cuenta de que no tenía muy claro cómo encajaban todas las piezas de la armadura, pero eso no importaba demasiado. Solo era algo que hacer. Era suficiente para mostrarles cómo era un caballero. Quizá debería hacer un caballo después, también con armadura. Antelmu probablemente lo disfrutaría.

Dirt dijo: —Casi parece sacrílego decir esto, considerando que están muy por encima de mí. Pero realmente aprecio a mi madre y a mi padre. Los quiero a ambos. Los respeto. Y creo que, si me atrevo a admitirlo, me alegra verlos. Confío en ellos, tanto que si decidieran quitarme la vida, ni siquiera me molestaría. Sería por el bien de Socks si eso sucediera, y estoy bien con eso. Aunque no planeo que pase. Quiero envejecer de nuevo. Pero si sucediera...— levantó el brazo del caballero de madera para mostrarlo, y luego le entregó una espada—.

—¿Cómo puedes estar bien con que te maten de esa manera?— preguntó Antelmu, con incomodidad. Parecía repulsado solo con pensarlo.

Dirt dejó el juguete y lo miró, frunciendo el ceño, mientras pensaba cómo decirlo.

—Lo siento—, dijo Antelmu.

—No, esa es una buena pregunta. No estoy molesto. Solo amo tanto a Socks. No quisiera seguir viviendo, sabiendo que morir podría haber ayudado a que él alcanzara su máximo potencial—. Dirt hizo una pausa—. No podría soportarlo.

—Eso me parece un poco obsesivo, Dirt—, comentó Biandina.

—¿De verdad? ¿Tú crees? ¿No sientes algo similar respecto a tu tribu? ¿Algo más grande que tú, que sea más importante? ¿Tu familia, tal vez?—.

—No lo diría así—, respondió Biandina—. Pero arriesgaría todo por ellos, si me lo preguntas. Y lo hice. Mira adónde me llevó—.

—Quizá te arrepientas de cómo resultaron las cosas y no lo volverías a hacer si tuvieras la oportunidad—, comentó Dirt—, pero apuesto a que no te arrepientes de ser esa clase de persona dispuesta a hacerlo en primer lugar.

—Yo también estoy dispuesto—, afirmó Antelmu.

—Por supuesto. Aquí estás, demostrando con tu actitud—, dijo Dirt. —Amo a Socks en parte porque es mi mejor y más cercano amigo, y es imposible no querer a alguien así. Pero también valoro lo que puede llegar a ser. Es asombroso, magnífico y merece ser protegido—.

La tierra recogió un segundo trozo de madera y comenzó a darle forma. Cuando la tuvo más o menos con forma de caballo, no parecía correcto, así que decidió convertirlo en un grifo. Un caballero grifo.

—Supongo —admitió con una pequeña sonrisa irónica— que eso puede ser influencia suya. Así piensa él. Le encanta ser un lobo.

—¿A ti te gusta ser humano? —preguntó Biandina.

La tierra le regaló una sonrisa suave y dijo: —Sí, me gusta, ¿y sabes por qué? Porque vi el Imperio del Atardecer. Sé en qué podemos convertirnos también. Ellos no entenderían lo que quiero decir, pero aún así, fue reconfortante responder con tanta honestidad.

—Ah, Avitus, siempre tuviste un espíritu noble —dijo Incantatus, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana mientras miraba hacia adentro—. Un verdadero estadista.

Antelmu y Biandina saltaron sorprendidos y gritaron al ver los colores del hada. Rápidamente buscaron armas. Antelmu agarró un tronco, y Biandina encontró una piedra.

Incantatus lucía menos humano a la luz del día que de noche. Su cabello violeta brillaba y resplandecía bajo el sol como la superficie de un estanque, y el tono azulado pálido de su piel parecía irradiar una luz propia. Continuaba usando la misma diadema dorada y la toga senatorial que llevaba la noche anterior.

—¿Y quiénes son tus amigos? ¿Puedo saber sus nombres? —preguntó, dirigiendo sus ojos violetas a los otros niños.

—¡No! ¡No lo digas! —exclamó Biandina.

—¿Por qué no? —susurró Antelmu, sosteniendo el tronco con ambas manos. Parecía dispuesto a atacar, pero resultaba ridículo.

—¡No lo sé! ¡Solo recuerdo eso! —susurró severamente Biandina.

—Vamos, amigos de mi amigo, ¿cómo puedo llamarlos si no sé sus nombres? —dijo él. Su voz varonil y aguda era suave como miel. —No deben temerme. No soy su enemigo. Ni tampoco un enemigo para Avitus, a pesar de su cautela.

—Estoy bastante seguro de que hay cosas que no me dices, a pesar de afirmar que eres un amigo —comentó Dirt. Incantatus tenía una mente tan pura como una poza de agua cristalina, pero Dirt la exploró con sus dedos mentales igual, buscando cualquier cosa que ese extraño pequeño no quisiera revelar.

—Tengo una respuesta para cada pregunta que me hagas, y siempre la tendré. Pero, ¿acaso no sientes ya la llamada, verdad? Tienes hambre y no puedes llenarla, —dijo Incantatus.

—No sé de qué hablas —dijo Dirt—. Me siento normal. Ni siquiera estás intentado dormir soñando conmigo, así que, ¿qué debería sentir diferente?

Incantatus frunció el ceño, y Dirt notó un destello de desconcierto flotando en su mente. Desconcierto y confusión. El hada dijo: —Siempre fuiste muy terco, Avitus. Terco y orgulloso. Y no sin razón, después de tantos logros. ¿Recuerdas la bendición que diste a la residencia del propio Emperador? Lo alabaron de un extremo al otro del imperio por ello. Pero este no es momento para la obstinación ni el orgullo, amigo mío. No intentes luchar contra ello. Seguramente, puedes sentir la llamada.

—Realmente no. Y deja de actuar como si me conocieras. Solo nos hemos visto una vez. —Dirt sabía que algún día tendría que explicar quién era, pero preferiría que no llegaran a deducirlo por sí solos debido a esta conversación. Sin embargo, probablemente, si recordaban la historia que les había contado antes de irse, sí lo entenderían.

—¿Que no te conozco? ¿Eso crees? Si es así, no me comprendes, ni sabes qué soy. Te conozco mejor de lo que tú conoces el interior de tus párpados. Vamos, Avitus. Ven conmigo. Apresúrate antes de que el sol se esconda —dijo Incantatus, con sus ojos violetas penetrantes y persistentes.

La suciedad comenzaba a apoderarse cada vez más de la mente del pequeño hombre, pero no encontraba respuestas. Parecía como si estuviera dormido, soñando aún, pero consciente. Sin embargo, su deseo de que la suciedad se uniera a él parecía carente de malas intenciones. No había ningún engaño oculto que Dirt pudiera detectar, solo una preocupación genuina.

—¿Quién eres? —exclamó Biandina de repente. Levantó su piedra de manera amenazante.
—¡Dímelo!

Incantatus volvió a dirigirle la mirada y la dureza de sus rasgos se suavizó. —Querida muchacha, seguro que no tienes la intención de golpearme con eso. Déjalo. No he hecho nada que justifique amenazas o violencia. —Sonrió cálidamente y mostró sus palmas vacías. —¿Ves?

Ella entrecerró los ojos y miró por encima de su hombro, como si viera algo que no estaba allí. La piedra bajó unos centímetros.

La mente de Incantatus ya no estaba sola. Había llegado más, acechando en silencio. Se estaban reuniendo, escondiendo sus pensamientos. Pero en conjunto, transmitían una impresión que recordaba a Dirt a un joven a punto de ganar un premio en un juego del mercado. Sentían que estaban cerca.

Dirt pensó en enviar picos mentales de alerta y ahuyentarlos, pero cada vez que Incantatus cambiaba el foco de su atención hacia otra persona, el escudo que colocaba sobre sus pensamientos se desplazaba ligeramente. Todavía podía aprender algo más.

—¿Por qué no vienes a echar un vistazo, solo lo suficiente para ver lo que te ofrezco? Puedes irte en cualquier momento. Ni siquiera tienes que entrar completamente —dijo Incantatus. —Quizá incluso encuentres a Prosperu esperándote allí.

—Está muerto —afirmó Biandina.

—En efecto, lo está —respondió Incantatus—. ¿Y a dónde van los muertos? ¿Puedes asegurarlo? ¿No has pensado que quizás él se haya unido a nosotros?

—Mentirosa —dijo Antelmu con veneno en la voz. Lanzó la leña directamente a través de la ventana, y Incantatus se inclinó ligeramente para dejarla pasar.

—Joven, yo nunca miento. No puedo mentir. Es imposible para mí —afirmó Incantatus. Sin embargo, algo retenía, algo que Dirt podía sentir.

—Tampoco puedes decir la verdad —contestó Dirt.

—¡Qué maravilla! Empiezas a recordar —dijo Incantatus.

—No, fue una suposición afortunada —replicó Dirt—. Vives en un sueño, ¿verdad? ¿Como los elementales en el mundo de la magia?

—¿Y cómo debo responder a eso, si no puedo mentir ni decir la verdad? —se rió Incantatus—. Pero volveré a preguntarte, Avitus. ¿No sientes que estás débil? ¿No notas el tirón?

—Realmente no entiendo a qué te refieres —dijo Dirt—. Ni siquiera tengo que ir al baño.

—Entonces, lamentablemente, quizás hayas perdido tu oportunidad. Había deseado que vinieras como invitado. ¿Estás seguro de que no quieres seguirme y ver mi reino?

—Ahora no —contestó Dirt.

Alguien lanzó la leña de Antelmu de vuelta al interior, apuntando justo a la cabeza del chico. Él apenas logró esquivarla, pero al golpear la pared, explotó en una nube de humo. Las criaturas escondidas afuera rieron y cacarearon. Después, sus luces mentales comenzaron a desvanecerse rápidamente. Se estaban retirando.

Incantatus dijo, —Entonces volveré a la medianoche, cuando la media luna se eleve y tú estés al borde de la muerte. En ese momento, te traeré una cadena.